

PASEO

Hoy he salido a pasear por primera vez en casi dos meses. Confinado en el radio de 1 km. Lo peor del paseo es saber que durante unos días el paisaje será siempre el mismo. Un paisaje cotidiano, conocido. Aunque hoy era diferente. La gente con mascarillas le da al paisaje un cierto tono irreal. De distopía. De estas películas de ciencia ficción que nos pintan mundos indeseables. Hay miedo en mucha gente. En teoría el enemigo es un virus invisible a la vista normal (el primer día que mi nieto salió a pasear se frustró por no ver virus en la calle, los niños conocen la representación coloreada del virus que todos hemos visto y realmente les tiene que resultar decepcionante no verlo en directo). Pero en la práctica el miedo es al vecino, al potencial portador del mal. Ya había gente que antes tenía miedo. Que la inseguridad fuera el tema más preocupante en una ciudad con un bajo índice de delincuencia dice mucho de cómo percibimos la realidad (mi distrito es el que tiene una ratio de delitos más bajas y el segundo donde la percepción de inseguridad era mayor, fruto de las campañas propagandísticas de determinados miedos). Ahora el círculo del miedo se ha ampliado. Antes tenía un carácter xenófobo y racista. Ahora cualquiera ser un portador de enfermedad. Vuelve, ampliado, el miedo que antes causaron otras enfermedades. En mi primera infancia los mayores estaban obsesionados por la tuberculosis, después fue el cáncer ("el mal feo" que nadie nombraba), el sida. Lo de ahora es más general. Hace retroceder el mundo en cien años. Quizás también la sociedad los ha estado retrocediendo desde el triunfo del neoliberalismo, aunque no se había percibido.

Y a pesar de todo pasear sigue siendo hermoso. Es un placer de pobres. Los ricos tienen más miedo. Se pertrechan en casonas en urbanizaciones aisladas, con guardas. Donde no hay peatones, solo automóviles. En cambio, los barrios obreros y populares de la ciudad son abigarrados, complejos. Generan convivencia, encuentros, relaciones humanas. La única forma de sacudirse el miedo será comprobar que estos paseos son inocuos. Y saber que si alguno se infecta podrá contar con una sanidad menos desamparada que hace dos meses.

Pasear es sano. No sólo para el cuerpo. Es la mejor forma de conocer nuestro entorno. De sentir que hay mucha gente a nuestro alrededor igual que nosotros. En la formación de todo ciudadano debería incluirse un paseo por los diferentes barrios de su pueblo y ciudad. Que alguien le explicara cómo la gente que ha vivido en ellos los ha creado y ha luchado para mejorarlo. Como se han tejido en ellos espacios sociales que permitan entender porque la mayoría de personas aprecian el barrio en el que viven. Barcelona es una ciudad con muchas historias que contar. Ahora el paseo va a ser corto. De reconocimiento de lo conocido. De retomar el pulso al barrio. Pero es también un preludio de otros muchos paseos. Bienvenido.